

Acompañar a su hijo adolescente Freud entre padre e hijos

Florian Houssier

En la teoría freudiana, como en las diversas biografías de S. Freud, la adolescencia es generalmente poco abordada, de ahí el enfoque que elegimos en este artículo: retomar estas dos direcciones para cruzarlas en un proceso de investigación y poner a la luz, de esta forma, los puntos emergentes destacados. En los comienzos de la teorización del psicoanálisis, Freud se reúne regularmente, incluso en su práctica como médico de pacientes somáticos (Houssier et al, 2015), con jóvenes a quienes hoy consideraríamos adolescentes; en esa época, aún no se les reconocía su lugar singular en la sociedad ni la especificidad de los conflictos psíquicos asociados al proceso de la adolescencia. A finales del siglo XIX, la sexualidad estaba asociada al matrimonio y, por lo tanto, unida al supuesto mundo adulto. Muchos casos clínicos atraviesan la obra central de este período, "La interpretación de los sueños" (Freud, 1900), mostrando la importancia de la clínica adolescente en el momento en que Freud crea los fundamentos de la teoría psicoanalítica (Houssier, Christaki, 2016 a).

La observación clínica sobre la frustración que sienten los jóvenes (Freud, 1900) se transforma en una teoría de los orígenes de la neurosis del adulto. Este punto de vista se articula con los fundamentos de su posición respecto de la pedagogía psicoanalítica: apunta a la prevención de las neurosis desde una mayor libertad sexual. Esta reflexión general constituye un preámbulo de la posición de Freud sobre la pedagogía moderna en el contexto social y moral de su época, y se encuentra unida a su concepción de la neurosis actual, que presenta puntos de unión con la adolescencia tal como era vivida en el siglo XIX en Europa, en términos de represión sexual y sus síntomas consecuentes. La adolescencia se plantea implícitamente como una condición de la neurosis y del síntoma psicosexual, de ahí la importancia de una pedagogía centrada también en las prácticas sexuales de los adolescentes (Freud, 1912a). Esta concepción está considerada en las cuestiones de la psicopedagogía

(Marty, Houssier, 2007) de su tiempo, pero persiste una preocupación: sostener una menor represión de las pulsiones frente a las prescripciones religiosas en un momento en que éstas todavía estaban implicadas en los comportamientos morales y sociales que había que mantener, a riesgo de una contención libidinal imposible de elaborar en la adolescencia.

Las reflexiones de Freud sobre la pedagogía psicoanalítica proponen una articulación innegable a lo largo de su trabajo entre el carácter interno del conflicto y la influencia de factores externos que favorecen o incluso determinan la neurosis. Esta dirección retoma la tensión entre el evento traumático y el conflicto interno, y entre lo actual y lo infantil, dimensiones específicas a las que convoca la adolescencia. Así, al interesarse en las vicisitudes de la vida sexual genital, especialmente en la masturbación, impotencia o frigidez, la abstinencia como las prácticas solitarias constituyen un elemento de causalidad determinante, que prolonga la fijación infantil incestuosa. La adolescencia, sin ser siempre nombrada como tal, se percibe como un período de constricción, creando las condiciones de represión de los deseos sexuales, fuente de afección neurótica; el adolescente se ve obligado así a expandirse en sus fantasías a la espera de la realización del coito, comenta Freud (1905b). En 1895, en una carta a Fliess, S. Freud ya expuso que si existieran medios anticonceptivos inofensivos, sería necesario "(...) permitir relaciones libres entre hombre y mujeres jóvenes de buena familia" (1887-1904, 66).

¿Existen puntos de unión entre construcciones teórico-clínicas de Freud y su vida adolescente? Sostenemos esta hipótesis al articular ciertos puntos teóricos con lo que Freud experimentó siendo adolescente (Houssier, 2015 a); para enfocarnos en esto, abordamos particularmente los episodios sobresalientes del vínculo padre-hijo desde una perspectiva intergeneracional: exploramos la vida de Freud siendo adolescente en su relación con su padre, como así también de Freud como padre de hijos adolescentes.

La hipocresía, una falta de preparación traumatogénica.

Antes de abordar algunos elementos biográficos, retomamos los posicionamientos de Freud sobre la educación del adolescente. Esto no sólo afecta a la teoría, sino también a la práctica del psicoanalista. En 1899, se siente avergonzado por la cura de una adolescente histérica, Dora (1905a), quien lo invade con su amor transferencial. En este período de construcción teórico-clínica, "... en términos generales, el tratamiento psicoanalítico puede considerarse como un tipo de

reeducación que enseña a superar las resistencias internas" (1904, 21). Al igual que con los pacientes cuyo médico está a cargo, no se trata de considerar sus deseos como educadores, agrega (Freud, 1912 b), sino de tener en cuenta y de respetar las capacidades del niño.

El enfoque crítico de Freud hacia la represión sexual de los jóvenes que se sostenía tanto en la familia como en la sociedad se amplía, y toma posición sobre las formas de fomentar la construcción de la personalidad del niño. La educación de su tiempo se presta a la represión de fuerzas esenciales para las formaciones reactivas, fuentes de vida y de creatividad. Resulta también muy significativa en la vida del niño y por eso el educador debe permanecer en la sombra y acompañar los procesos involucrados en lugar de imponer su ideología personal y moral al niño.

Una crítica más precisa surge después del período inicial del psicoanálisis, que aborda la curiosidad sexual de los adolescentes a la cual los padres generalmente responden con un discurso moralista o con silencio. Es la oportunidad que Freud aprovecha para denunciar la hipocresía de ocultar la función de la sexualidad a los adolescentes y utiliza una metáfora para ilustrar su punto: no decirles la verdad sobre el papel de la sexualidad es como enviarlos al Polo Norte con vestimentas de verano. Esta mentira por omisión hace pasar al adulto por un ser cuya virtud es irreprochable, lo que implica que el adolescente debe adoptar la misma posición. "Equipar" al adolescente con tales recursos psíquicos se considera una agresión por falta de preparación (Freud, 1932, p. 77), una falta de preparación para la agresión que recuerda uno de los signos clínicos asociados a un concepto clave de la teoría: el trauma.

A través de esta posición, Freud enfatiza la importancia de un apoyo al adolescente que no implique una respuesta moral sino una explicación libre de enjuiciamiento en relación a las preguntas sobre su "nueva" sexualidad genital. Esta dimensión de explicación, relacionada a su práctica de consultor en la cual hablaba con los adolescentes perturbados (Houssier, Christaki, 2016a), da paso a un tono más decepcionado al final de su obra. Así, Freud reconoce que sobrestimó la posibilidad de un cambio ligado al ambiente y a la prevención. El niño, incluso si recibe una educación sexual no represiva, conserva sus propias teorías sexuales, más acorde con su organización libidinal, señala de manera más realista (Freud, 1937).

Más allá de su carrera científica, el examen de la adolescencia de Freud ofrece muchos puntos de contacto con estos diferentes elementos; el acompañamiento durante la adolescencia, la abstinencia o también el moralismo son problemas que afectan a Freud adolescente, lo que sugiere la existencia de una teoría creada biográficamente (Houssier, 2018) y no autogenerada (Jones, 1958).

El episodio que relatamos aquí puede parecer anecdótico, sin embargo representa el primer indicio de la hipótesis que sostenemos: en la adolescencia, Freud no se sentía acompañado por su padre en relación a su sexualidad pospúber, dejándolo como un adolescente desamparado y poco equipado para hacer frente a esta ola pulsional. La cuestión del despertar de los sentidos en la adolescencia se encuentra en la generación de los hijos adolescentes de Freud. Martin Freud (1958), nacido en 1889, por ejemplo, relata una experiencia ligada al de baños mixtos: junto a un amigo, estaba excitado por la posibilidad de ver el cuerpo de una chica; su amigo tenía demasiado miedo de ser castigado por su padre, que no era el caso de Martin, quien se atrevió a mirar hacia el baño contiguo; le dice a su amigo, desencantado en relación a sus expectativas, que "las chicas sin ropa son como los niños sin ropa. No es más que una estafa" (Ibid, 7). Se imagina que su padre se habría reído de este incidente, antes de relatar otro recuerdo; Freud constata un día que sus hijos no sabían la diferencia entre un buey y un toro. Entonces exclama: "Estas cosas deben serles dichas" (Ídem), pero como la mayoría de los padres, no hizo nada en este sentido según su hijo.

Una mujer sale del agua

Cuando Freud (1901) analiza uno de sus sueños, cuya escena ocurre en una piscina, subraya la imagen de una pileta de natación donde los bañistas parecen huir por todos lados; en un lugar determinado, una persona se inclina en el borde hacia otra que se está bañando, como para sacarla del agua. Freud asocia así sobre su sueño: "Encontramos aquí la combinación de un recuerdo de la época de mi pubertad y dos pinturas, una de las cuales era *Sorpresa en el baño* (realizada realmente) en las pinturas de Schwind en Melusine (bañistas que huyen por todos lados) y el otro un Diluvio de la escuela italiana. En cuanto al pequeño incidente que se remonta a la época de mi pubertad, se debe a una reminiscencia de la escuela de natación y del espectáculo del jefe ayudando a una dama que se había retrasado en la hora de los señores, a salir." (Ibid, 96). Anzieu (1959) considera que el tema del sueño es la curiosidad del niño con respecto a la desnudez femenina y los peligros incurridos por esta curiosidad. El mito de Melusine es, sin embargo, más rico que la lectura propuesta por Anzieu.

La historia de esta niña, bajo la influencia de una maldición materna, cuenta la historia de una prohibición: la niña no debe ser vista desnuda un día a la semana, de lo contrario su futuro marido descubrirá que lleva una cola de pez en las extremidades

inferiores de su cuerpo, como una sirena. Aquí, Freud se identifica con el futuro marido descubriendo el secreto de su prometida; a la curiosidad sexual infantil se agrega la intensidad de lo que él llamó curiosidad de la pubertad (Freud, 1905b), el deseo de explicaciones sexuales, el deseo de estar acompañado en el momento del descubrimiento de la sexualidad genital frente a las fantasías de peligrosidad representadas en el mito. Estas incluyen el diluvio que cubre todo a la manera de una madre primitiva, o incluso a la sirena, una mujer que esconde una cola y que, en la mitología, representa un peligro para los marineros hipnotizados. La sirena representa tanto una seducción mortal como una representación de la bisexualidad, una mujer con cola, dos elementos que nos llevan al tema de la integración del cuerpo sexuado, central en la época de la adolescencia. Freud vuelve a consideraciones más realistas cuando asocia este sueño con la mano acariciada de su prometida debajo de la mesa; él, el joven tímido y púdico cargado de fantasías sobre el encuentro sexual con una mujer y el descubrimiento tardío de los placeres de la carne; en el momento en que sugiere a Martha tener paciencia para casarse, agrega que al decir esto, olvida "(...) todo lo que uno pierde cuando no puede obtenerlo inmediatamente y que se debe pagar con la propia juventud "(Freud, 1873-1949, página 34), que resuena a su ascetismo sexual y su inclinación fóbica hacia las jóvenes durante la adolescencia.

En una carta a Martha de la época que están separados, hace referencia nuevamente al mito de Mélusine y a la prohibición de ver y tocar que sintió durante su adolescencia. En el inconsciente, ver y tocar se unen como pensar y hacer. Por lo tanto, la curiosidad está mezclada a la intensidad de los deseos sexuales que genera el vislumbrar los cuerpos medio desnudos de la piscina, entre deseo y vergüenza. Agreguemos que la mujer a la que él ve saliendo del agua es mayor, probablemente más cercana a la generación de su madre; la visión del cuerpo desnudo de su madre fue interpretada por Freud como la fuente central de sus deseos sexuales, antes de considerar que una de las fantasías típicas de la adolescencia es la de ser iniciado sexualmente por su madre, o sea, una fantasía de educación sexual que permite escapar de los peligros generadores de neurosis de la masturbación (Freud, 1908). Esta fantasía incestuosa que Freud va a considerar como típica de la adolescencia se articula con sensaciones intensas, como lo sugiere la vista de bañistas que huyen por todos lados, o la figuración, por parte del joven Freud, de una vivencia generadora de culpa y desorganización frente a la visión erotizada de un cuerpo de mujer. Esta escena de pánico ante la visión de una figura materna cuyo cuerpo es visible, es triangulada por el hombre que ayuda a esta mujer a salir del baño, como otra fuente de culpa. Este sueño ilustra cómo la adolescencia saca a la superficie la intensidad

de la angustia edípica, mezclada con angustias más primitivas representadas en el mito (devoración, indiferenciación, figura materna no castrada).

Más allá del recuerdo erótico de su madre, era su niñera, "Nanni", a quien durante la infancia, él consideraba su maestra de sexualidad, mientras que sus padres le enseñaban cada uno a su manera a leer y a escribir.

Convertirse en profesor, educar a sus hijos

En eco con el sueño de la piscina, están sus sueños recurrentes de desnudez, llamados típicos, que revelarán a Freud sus tendencias exhibicionistas surgidas de la adolescencia; estos sueños se desvanecerán luego, al convertirse sus hijos en adolescentes (Blum, 2001). La preocupación de Freud por sus hijos se inscribe en su relación con la muerte, cuando confía a Fliess su temor de no pasar los cincuenta y un años de acuerdo a una teoría mágica y supersticiosa (Anzieu, op.cit.). El temor a su muerte imaginada cercana, articula el futuro de sus hijos a su adolescencia. En la parte dedicada al egoísmo del soñador, Freud escribe, a partir del análisis de un sueño sin título sobre su amigo Otto, que no es otro que el Dr. Oscar Rie, el pediatra de sus hijos: "Pero Mi amigo Otto es la persona a quien rogué, en caso de que algo me ocurriera, que velara por la educación física de mis hijos, especialmente en el momento de la pubertad (...) "(Freud, 1900 -2, pp. 311).

A partir de una serie de asociaciones, termina con esta interpretación: "¡Quiero entonces, una vez más, convertirme en profesor! Sí, incluso "tardíamente" es un cumplimiento de deseos, porque él dice que "viviré lo suficiente como para acompañar -"supervisar" en la primera traducción-, yo mismo a mis hijos durante su pubertad (Ibid., 312) ". Esta vez no hay ambigüedad acerca de la posible confusión entre pubertad¹ y adolescencia: acompañar o supervisar a sus propios hijos durante la pubertad incluye al conjunto de la travesía adolescente y no sólo el suceso fisiológico. Freud deja también entrever una investidura particular; es "especialmente" durante la adolescencia que se preocupa por la protección de sus hijos y por su educación.

Si Freud, en su correspondencia con Fliess, se preocupa regularmente por la salud física de sus hijos, su sueño toma aquí otro giro. Después de revelar que ha confiado la salud de sus hijos púberes a su amigo Otto, Freud especifica poco después, que su sueño indica que, en realidad, no podía esperar gran socorro médico de su amigo

¹ El término « Pubertät » era el único utilizado en la época de Freud, dando lugar a diferentes interpretaciones según el contexto.

que se le aparecía en el sueño sufriendo síntomas mórbidos. El deseo profundo de este sueño es, entonces, vivir lo suficiente como para cuidar la adolescencia de sus hijos confiando su salud a un médico de poco valor, una ambivalencia que solapa la relación a su propio padre. La adolescencia aparece como una fuente de problemas para supervisar, señalando solapadamente al padre de Freud como aquel que no habría estado lo suficiente como para acompañar la adolescencia de su hijo, particularmente ante la intensidad de sus conflictos sexuales.

Roudinesco (2014) considera que la relación de Freud con su padre estuvo marcada desde la infancia por una caída constante de la figura paterna de su pedestal, alimentando en particular una interminable ambivalencia en sus amistades masculinas (Houssier, 2016b). Un recuerdo que a menudo se retoma en la literatura psicoanalítica puede ser retomado en relación a esto: a los diez o doce años, su padre le cuenta cómo fue humillado en la calle por un cristiano que tiró su sombrero al suelo gritando: "Salga de mi camino, judío", y el padre recoge su sombrero sin decir nada. Freud se identificó, en torno a deseos de venganza, con el magnífico semítico Annibal, que había jurado vengar a Cartago.

Un soñador solitario

Cuando relata ciertos episodios de la infancia, por ejemplo, cuando orina en la habitación de sus padres y es descubierto por su padre, quien habría dicho este niño no llegará a nada - lesión narcisista que se supone importante en su vida - Freud no expresa reticencias particulares sobre este relato. ¿Hay un equivalente comparable respecto de su sexualidad de adolescente? Los relatos de la adolescencia son más tamizados, como si estuvieran cubiertos por un velo de respetabilidad que confirma la impresión de que el niño a veces sirve como pantalla a lo púber. Esto se confirma cuando Freud comenta el sueño botánico evocando su entusiasmo por la lectura (Freud, 1900: 209); la bibliofilia de Freud tiene su origen en el recuerdo de un libro de hojas rasgadas que compartía con su hermana Anna, pero este recuerdo sirve como pantalla a aquel que concierne a su adolescencia (Houssier, 2015 b): "Siempre he relacionado esta primera pasión de mi vida, desde que reflexiono sobre mí mismo a esta impresión infantil, o más bien, reconocí que esta escena infantil es un "recuerdo encubridor" de mi bibliofilia ulterior. Naturalmente, también aprendí tempranamente que tener pasiones lleva fácilmente a padecerlas".

Como en la continuidad de un diálogo interno con la figura paterna, Freud (1900) retoma esta secuencia autobiográfica recordando que cuando era adolescente, la

deuda contraída con su librero preferido había provocado una reacción negativa de su padre, mientras que Freud considera que su pasión por los libros estaba bien dirigida en relación a otras posibilidades. De modo alusivo, aflora para nosotros en este comentario de Freud una fantasía de castración: su padre podría haber considerado que los libros eran mejores compañeros que la pasión de las chicas o la masturbación, pero no tiene en cuenta la sabiduría de su hijo y critica la deuda, que Freud todavía parece lamentar mientras escribe el libro sobre los sueños. Este malentendido es parte de lo que sentimos como un reproche latente de Freud hacia su padre: en lugar de aceptar de buena gracia el desplazamiento del placer, compartido con su hermana, de hojear un libro a leerlo, éste reprende a su hijo ya adolescente a causa de esta deuda. La decepción de Freud, incluso después de su adolescencia, es aún más vívida ya que esta vez su libido fue investida en gran medida en su pasión por los libros; pasión que debe especialmente a su padre; la intervención de su padre sólo pudo ser vivida del lado de la castración y de la sorpresa; este padre otrora benévolo hacia su sexualidad infantil ya no lo es cuando se trata de su vida libidinal adolescente. Silencio y reproche sobre la sexualidad, esto no es diferente de la metáfora polar que hemos señalado anteriormente (Freud, 1932).

La ambivalencia basada en la falta de apuntalamiento en el vínculo con su padre atraviesa igualmente las relaciones con las chicas, como señala el encuentro de Freud con el que sería su único amor de adolescencia, Gisela Fluss, hija de una familia amiga de Freud en Freiberg, lugar de nacimiento y de vida de Freud hasta sus tres años. Cuando, en el momento de su autoanálisis, Freud (1899) vuelve a esta pasión repentina, vuelve a desdoblarse haciéndose pasar por un paciente de treinta y ocho años que recuerda un enamoramiento por una joven de quince años, cuando él, en ese momento, tenía dieciséis años. La joven, escribe, regresa al colegio y esta separación, después de un encuentro fugaz, sólo exacerba su nostalgia sobre fondo de baladas. "Durante horas me fui solo a través de estos hermosos bosques reencontrados, construyendo castillos en el air e que extrañamente no tendían al futuro pero buscaban mejorar el pasado" (Ibid, 123). El pasado parece entonces realizado por la idealización de la que es objeto. El arrepentimiento de este "paciente" que recuerda su juventud emerge de la siguiente manera: "(...) si sólo me hubiera quedado en mi país natal (...), y si luego hubiera retomado la profesión de mi padre y finalmente me hubiera casado con la joven que por supuesto se habría vuelto íntima conmigo". (Idem), como para dar a entender que la inscripción en el camino trazado por su padre tomó otro destino, más cercano al deseo materno de convertirse en un gran hombre. Escribe, así, en una carta a Emil Fluss, el hermano mayor de Gisela, a

quien se había acercado, que no ha sentido ninguna hiancia entre el ideal y la realidad, al descubrir que se siente incapaz de burlarse de Gisela (Freud, 1871-1881). Detrás del amor cortés, el desencadenamiento pulsional de deseos adolescentes lo hacen temer actos inmorales y reprobables que inhiben la acción más anodina, entrar en relación con ella, planteando de nuevo el tema de la soledad de Freud frente a la virulencia de sus fantasías. En el diálogo que entabla con este "paciente", trata de "fantasías audaces" de desflorar deseos de un "sinvergüenza joven" con fantasías "groseramente sensuales" (Freud, 1899, p.126), todos elementos que contrastan con su timidez en este encuentro. Esta fantasía de desfloración y su carácter sádico serán identificados por D. Anzieu (1959) y luego por por B. S. Rocah (2002); esta reconstrucción subraya que Freud considera este episodio amoroso sobre todo como un síntoma.

La experiencia con Gisela tuvo probablemente un efecto traumático (Eissler, 1978) como las pasiones amorosas suelen suscitar. Después de este episodio amoroso intenso, conmovedor, pero de corta duración, el joven de dieciséis años habría estado separado casi por completo de las mujeres durante una década, hasta su amor por Martha, a costa de una gran soledad interior y un sentimiento de infelicidad.

Hija y madre, o la mala educación

En la adolescencia, Freud descuidaba las comidas familiares para comer solo, a menudo inmerso en sus libros (Roudinesco, 2014). En la intimidad de su oficina y de sus lecturas, el cuerpo está cargado de un erotismo de abstinencia ascética que contrasta, a modo de una pareja de opuestos, con las imágenes corporales dispersas aquí y allá en sus cartas de adolescente; como testimonio, por ejemplo, la carga pulsional de esta expresión dirigida a su principal amigo en la adolescencia Eduard Silberstein: "Ardo por verte de nuevo" (Freud, 1871-1881, 76).

La relación con Eduard también está atravesada por celos feroces hacia quien se interpone entre él y su amigo, a quien seduce. Cuando Eduard le escribe para contarle sobre su encuentro con una joven durante una clase de baile, Freud reconoce en su respuesta que tiende a predicar un sermón a su amigo mientras le pide que no deje de contarle sobre el color de los ojos y el cabello de la joven seducida. Freud bromea sobre el hecho de que Eduard disfruta más en esta clase de baile que en otras clases.

El contraste con lo que comprendemos de la respuesta de Eduard es llamativa: a este último le gusta la compañía de las jóvenes y se lo hace saber, se siente algo seducido cuando, al mismo tiempo, la compañía de las dos hermanas Fluss pesa para

Freud, probablemente frente a la imposibilidad de encontrar una forma más eficaz y personalizada de ponerse en contacto con Gisela Fluss. La posición idealizante hacia las jóvenes a las que él y su amigo llaman "principios" pasa por un romanticismo caballeresco que evoca la posición de un Don Quijote; la obra de Cervantes fue el punto de partida para la creación de su idioma castellano, especie de neo-lenguaje aprendido sin un maestro y manipulado en el seno de su sociedad erudita con el nombre de "la Academia Castellana".

En las cartas de finales de febrero de 1875, Freud (1871-1881, pp. 134-138) usa un tono más serio; dice que su amigo está "muy equivocado", que se está preparando para "serias dificultades" y él a "grandes preocupaciones". La cuestión es "la inclinación irreflexiva" que amenazaría a Eduard y que proviene de una joven de dieciséis años a la que seguiría un fracaso relacional, si Eduard accediera.

Freud evoca, entonces, su temor de que Eduard esté empujando a esta "joven que acaba de salir de la infancia" a infringir por primera vez la regla legítima de conveniencia, de acceder a encuentros condenados por sus padres y a tener correspondencia con un extraño". La correspondencia potencial de Eduard con esta joven es criticada y considerada inútil e incluso nociva: (...) "¿cuál es el punto de que te sumerjas en la mentira de una pasión y que ella se sumerja en el sueño de una pasión?", invocando su sentido del honor y el "primer paso", que lo llevaría por el camino de la indignidad. Esta libertad anticipada se considera entonces "peligrosa e ilícita" a la luz de un "capricho romántico". Consciente de su tono de "predicador", le ordena a Eduard que cese las citas y la correspondencia secreta con quien se presenta como una rival en su vínculo amistoso, y que ubica a Freud en una posición moralista. Este pedido de exclusividad incluye un mundo de secretos planteados por Freud como condición para su correspondencia.

"Ella no debe tener mucha educación (...) si promete a la ligera lo que me cuentas"; la educación es considerada un baluarte de la virtud, lo que demuestra que también aquí se trata de la desfloración de una joven, lo que ofende a Freud, quien insiste en advertir a su amigo hablándole de "juego peligroso", antes de agregar como toque final: "Mi vergüenza sería grande si, una vez que regresaras a Viena, tuviera que silenciar a nuestros conocidos y a mis padres un episodio de tu vida en Leipzig ". A pesar de las protestas que se adivinan en la respuesta de Eduard, Freud permanece convencido de que la madre destaca los encantos de su hija para seducir mejor a su amigo, antes de concluir en una proposición sobre los efectos de la adolescencia: "Francamente preferiría que te deshagas de ese resto de *Sturm und Drang*. Sin duda lo harás pronto, sin que te arrepientas de ello después". Esta frase bien podría enviar a Freud de vuelta a sí mismo en cuanto podemos inferir su deseo

de liberarse de los tormentos de la adolescencia y de los conflictos que éstos movilizan: a través de lo que denuncia en su amigo, se trata de un conflicto que se agita en él, entre una posición superyoica moralizadora y deseos sexuales desbordantes de carácter casi persecutorio.

La relación apasionada con Silberstein está regularmente atravesada por un intenso movimiento de identificación de Freud con su amigo que representa un alter ego e incluso un doble (Houssier, 2013). La comparación entre los alrededores de Freiberg y de Viena alimenta la ambivalencia hacia Viena, hasta el punto que le pide a Eduard, que se encuentra en Roznau, cerca de Freiberg, que vaya al primer prado "frente a la casa donde vivía mi madre el año anterior" (Freud, 1971-1881, 65), para encontrar las fragantes ramas de un thuya o un ciprés y enviarle muestras". La nostalgia por un mundo materno del que ha sido separado es palpable, con el trasfondo de la ambivalencia hacia un padre que no pudo proteger a su familia de la pobreza, y su mudanza a Viena cuando Freud tenía tres años. Este sentimiento de falta de protección se religa al campo sexual en el momento de la adolescencia, antes de recuperarse en su opuesto a través de la fantasía de reparación de ser un padre para sus hijos pequeños.

El deseo de reencontrar a Eduard en Roznau se enfrenta a la voluntad del padre de Freud: "mi padre parece tener la firme intención de no dejarme ir a este lugar, y no puedo ni quiero oponerme a él". En esta carta del 2 de agosto de 1973, la negativa del padre se encuentra estrechamente ligada con el plan de enviar a su hijo a Manchester con la familia paterna que había emigrado y había tenido éxito en Inglaterra. En este punto, el padre se preocupa por la falta de contacto de su hijo mayor con las chicas y quiere que conozca a Pauline, la niña asociada en sus recuerdos infantiles de juegos con su primo John (Freud, 1899). A pesar de su molestia, se prohíbe a medias criticar a su padre evocando de modo alusivo que "lo que debía cambiarse había sido cambiado" (Ibid, p.64) para este viaje, que manifiestamente se pospuso para el año siguiente. La inhibición de Freud, por lo tanto, no concierne solamente al campo sexual; también afecta los deseos retenidos de parricidio - no criticar a su padre mientras éste quiere dirigir su vida sexual mezclándola con quien debe reunirse en la familia; ¿con qué crear el complejo de Edipo?

La juventud envidiada

Con motivo del 50 aniversario de su escuela secundaria, se le pide a Freud (1914) que escriba una contribución que le provoca múltiples sentimientos: frente a esta

orden, se siente obediente como un soldado ante las órdenes, sorprendido de su disposición a responder favorablemente. Su desconcierto no se detiene allí: a medida que se acerca a los sesenta años, Freud (ibid., 228) recuerda haber cruzado a uno de sus antiguos profesores en la calle y haber pensado: "Cómo puede tener un aire tan juvenil, mientras que tú has envejecido tanto! ¿Cuántos años puede tener hoy? ¿Es posible que aquellos hombres que antaño representaron para nosotros a los adultos tuvieran tan pocos años más que nosotros?". Emerge una fantasía, la de una diferencia generacional demasiado débil para no interrogar a Freud, quien ahora es apodado "profesor" por sus alumnos-psicoanalistas, a veces de su misma generación. Frente a su proyecto de convertirse en un gran hombre, el tiempo presiona y le gustaría poder recuperar el vigor de su juventud conservando sus conocimientos actuales, a la manera de una reconstrucción retroactiva.

A estas impresiones se añade un recuerdo que explora otra faceta de estos deseos de juventud. En un nuevo aporte fechado en 1919, Freud (1900) cuenta la historia de un sueño que involucra a su hijo mayor que fue a la guerra. "(...) De repente veo aparecer a mi hijo, no está en uniforme, sino en ropa deportiva ceñida al cuerpo (¿como una foca?), con una gorra pequeña. Se trepa a una canasta que se encuentra al costado, cerca de un armario, como para poner algo sobre éste. Lo llamo; no hay respuesta. Me parece que su cara o su frente se encuentran vendadas; se acomoda algo en la boca, e introduce algo. Por otro lado, sus cabellos tienen un reflejo gris. Pienso: ¿estará tan agotado? ¿Y tiene dientes falsos? Antes de que pueda volver a llamarlo, me despierto sin angustia, pero con palpitaciones. Mi reloj marca las dos y media" (ibid, pág. 613).

Freud conecta este sueño con su preocupación por su hijo herido en 1915 que lucha en el frente; que no había dado ninguna noticia desde hacía más de ocho días. El sueño se asocia con la convicción de que su hijo está herido o muerto. Sin embargo, Freud insiste en lo que el contenido manifiesto del sueño oculta: si su hijo muere, sus camaradas enviarán sus pertenencias que repartirán entre sus hermanos. Otro camino asociativo lleva a Freud a recordar que cuando era niño, a los dos o tres años, subiendo a un taburete para agarrar comida, se cayó, y golpeó contra él la mandíbula. Al vincular estos hilos asociativos, evoca la hostilidad latente hacia su hijo con la idea de que podría haber dejado, a cambio, todos sus dientes como una forma de advertencia. "Aquí hay una advertencia: te lo mereces", frente a ese movimiento agresivo contra su hijo, ese valiente soldado. Al profundizar el análisis de este sueño, descubre la tendencia oculta que podría satisfacerse con el temido accidente de su hijo. "Es la envidia de juventud, que el hombre de edad cree haber ahogado radicalmente en la vida (...)" (Ídem).

Este recuerdo infantil reenvía a la juventud de su hijo, convertido ya en un joven, invirtiendo en el plano generacional los deseos de muerte, en forma de envidia y celos: la juventud percibida por aquellos que ven llegar la muerte moviliza deseos infanticidas, en resonancia con los deseos parricidas. Tenemos en cuenta también que la extracción de un diente es objeto de varias interpretaciones; Freud (ibid.) primero lo convierte en un símbolo de castración en los sueños; más adelante, mientras mantiene esta idea inicial, asociará esta imagen con un ritual de pubertad en las llamadas sociedades primitivas, un ritual de pasaje asociado con la entrada del niño en la comunidad como sujeto púber y como futuro joven (Freud, 1913).

Conclusión

Si nos interesamos en el tratamiento que Freud reserva a su adolescencia, podríamos pensar, en un primer movimiento, que ésta fue más reprimida que su infancia. En un segundo tiempo, leyendo su correspondencia con Martha (Freud, 1873-1939) o, a través de ciertos comentarios de su obra, surge otra impresión, compatible con la primera: la mirada que tiene en el *après coup* vuelve las quemaduras de la adolescencia menos intolerables, haciendo que los recuerdos y su reconstrucción se revelen menos amargos.

Las fantasías, percibidas como potencialmente perversas por un adolescente, representan una fuente de angustia por varios motivos: la anormalidad, tanto personal como social, el sentimiento de tener deseos criminales, de ser malo, el miedo al rechazo, el sentimiento extremo de soledad respaldado por la convicción de ser el único con este tipo de deseos y de ser el único responsable de ello; en el fondo, entre las angustias profundas y diversas que surgen, la que emerge, refiere al miedo de volverse loco. Una vez en su contexto, la adolescencia de Freud puede considerarse paradigmática de cualquier adolescencia, lo que implica un movimiento masivo de represión o de rechazo a recordar estos afectos tan ardientes, movimientos comparables a los que causan la amnesia infantil. El autoanálisis de Freud le ha permitido repasar ciertos aspectos de su adolescencia, tal vez descubrir la importancia posterior de la articulación de lo infantil con lo puberal y de dejar que finalmente emerjan recuerdos personales más calmos que quemaduras intensas. Los aspectos más virulentos y regresivos del proceso adolescente y las reestructuraciones que implica, probablemente se hayan puesto a distancia o transformado como en el trabajo onírico. Sin embargo, la adolescencia continúa

trabajando en él como lo demuestran los vínculos *a posteriori* entre su vida actual, sus recuerdos y su obra.

En lo que concierne a la biografía de Freud, ¿cómo no pensar la interpretación del sueño de Otto en relación a la identificación de Freud con sus hijos - y no con sus hijas - respaldada por la idea de que ellos atraviesan la adolescencia sin acompañamiento, él, que siendo adolescente sufrió con tanta intensidad la soledad, tal como lo confía especialmente a su prometida (Freud, 1873-1939)

La idea de una falla en el apuntalamiento y de la profunda soledad sentida por el joven Freud no se sostiene únicamente por el vínculo con su padre, sino que plantea la cuestión de la creación del sí mismo en la adolescencia; ¿Cómo llegar a ser uno mismo matando simbólicamente a su padre cuando éste lo abandonó en la adolescencia frente a una sexualidad con potencial desorganizador? La idea que parece desarrollarse en este sueño implicaría el pensamiento latente: "Espero que pueda evitarles lo que he experimentado tan dolorosamente". Los sueños diurnos probablemente sostuvieron interiormente a Freud: con el fin de la Academia Española, experimentó la pérdida de su amistad con Silberstein, la inhibición y la abstinencia sexual antes del matrimonio, la pobreza y la ambición frustrada. Cuando su adolescencia concluye, por su pobreza, Freud está probablemente más identificado con su padre al mismo tiempo que mantiene una fuerte ambivalencia hacia las figuras masculinas (Houssier, 2019). Para D. Anzieu (1959), el descubrimiento del psicoanálisis representó, sin embargo, la oportunidad de vivir y de resolver su crisis frente a la crisis de la edad media dejando, no obstante, trazos de su adolescencia tanto en su vida como en su obra.

Resumen

*Se sabe que la adolescencia es el período menos conocido de la vida de Freud. Sin embargo, ocupa un lugar importante en ciertos sueños autobiográficos e incluso en la correspondencia con su amigo de la adolescencia E. Silberstein. Sostenemos que hay una posible articulación entre estos elementos biográficos y su *après coup* en el seno de la teoría psicoanalítica. Para centrarnos en nuestro objetivo, retomamos los episodios destacados del vínculo padre-hijo desde una perspectiva intergeneracional: exploramos la vida de Freud de adolescente en su relación con su padre pero, asimismo, de Freud como padre de hijos adolescentes. Sostenemos la hipótesis según la cual Freud en su adolescencia no se sentía acompañado por su padre con*

respecto a su sexualidad post púber, dejándolo como un adolescente desamparado y poco equipado para hacer frente a esta ola pulsional, en un contexto de abstinencia o de moralismo sexuales.

Palabras claves

Freud; Sueño; Adolescencia; Conflictos sexuales; Vínculo padre-hijo.

Accompany his teenage son: Freud between father and son

Summary

Adolescence is the less known period of the Sigmund Freud's life. However, adolescence take a certain place in some autobiographic dreams or in the correspondance with his young friend E. Silberstein. We support the links between this biographical points and their differed interpretations in the psychoanalytic theory. We explore more particularly the father-son relation during adolescence in a intergenerational perspective : Freud with his father and Freud as father of young boys. We deal with the idea following : during his adolescence, confronted to his post-puberal sexuality, Freud couldn't feel the support of his father. He feeled distraught facing his boundless drives, alone with his sexual abstinence and moralism.

Key-words

Freud – Dream – Adolescence – Sexual conflicts – Father-son relation.

Accompagner son fils adolescent: Freud entre père et fils

Résumé

L'adolescence est repérée comme la période la moins connue de la vie de S. Freud. Elle prend pourtant une place importante dans certains rêves biographiques ou encore au cours de la correspondance avec son ami d'adolescence E. Silberstein. Nous soutenons la possibilité d'une articulation entre ces éléments biographiques et leur après-coup au sein de la théorie psychanalytique. Pour centrer notre propos, nous reprenons plus particulièrement les épisodes saillants du lien père-fils dans une perspective intergénérationnelle : nous explorons la vie de Freud en tant qu'adolescent dans sa relation à son père, mais également de Freud en tant que père de fils adolescents. Nous soutenons l'hypothèse selon laquelle, à l'adolescence, Freud ne

se sentit pas accompagné par son père quant à sa sexualité post-pubère, le laissant comme un adolescent désemparé et peu équipé pour faire face à cette déferlante pulsionnelle, sur fond d'abstinence ou de moralisme sexuels.

Mots clés

Freud – Rêve – Adolescence – Conflits sexuels – Lien père-fils

Bibliografía

- Anzieu, D. (1959). L'auto-analyse de Freud. Paris : PUF.
- Blum, H. (2001). Freud's private mini-monograph on his own dreams. A contribution to the celebration of the centenary of The interpretation of dreams. The International Journal of Psychoanalysis, 82, 5, 953-964.
- Eissler, K. (1978). Creativity and adolescence : the effect of trauma in Freud's adolescence. The Psychoanalytic Study of the Child, 33, 461-518.
- Freud, M. (1958). Sigmund Freud : man and father. New York : Vanguard Press.
- Freud, S. (1871-1881). Lettres de jeunesse. Paris : Gallimard (1990).
- Freud, S. (1873-1939). Correspondance. Paris : Gallimard (1979).
- Freud, S. (1887-1904). Lettres à Wilhelm Fliess. Paris : PUF (2006).
- Freud, S. (1895). Esquisse d'une psychologie scientifique. Paris : PUF (1973).
- Freud, S. (1899). Sur les souvenirs-écrans. Dans Névrose, psychose et perversion (p. 113-132). Paris : PUF (1973).
- Freud, S. (1900). L'interprétation des rêves. Paris : PUF (1987).
- Freud, S. (1901). Sur le rêve. Paris : Gallimard (1988).
- Freud, S. (1904). De la psychothérapie. Dans La technique psychanalytique (p. 9-22). Paris : PUF (1953).
- Freud, S. (1905 a). Trois essais sur la théorie de la sexualité. Paris : PUF (1962).
- Freud, S. (1905 b). Fragments d'une analyse d'hystérie : Dora (p. 2-91). Dans Cinq psychanalyses. Paris : PUF (1954).
- Freud, S. (1908). La morale sexuelle « civilisée » et la maladie nerveuse des temps modernes (p. 28-46). Dans La vie sexuelle. Paris : PUF (1969).
- Freud, S. (1912 a). Sur le plus général des rabaissements de la vie amoureuse (p. 55-65). Dans La vie sexuelle. Paris : PUF (1969).

- Freud, S. (1912 b). Conseils aux médecins sur le traitement analytique (p. 61-71). Dans La technique psychanalytique. Paris, PUF (1953).
- Freud, S. (1913). Le motif du choix des coffrets (p. 61-80). Dans L'inquiétante étrangeté et autres essais. Paris : Gallimard (1985).
- Freud, S. (1914). Sur la psychologie du lycéen (p. 228-231). Dans Résultats, idées, problèmes, 1, Paris : PUF (1984).
- Freud, S. (1932), Nouvelles conférences d'introduction à la psychanalyse, Paris, Gallimard, 1989.
- Freud, S. (1937). Analyse terminée et analyse interminable (p. 231-268). Dans Résultats, idées, problèmes, 2, Paris : PUF (1985).
- Jones, E. (1958). La vie et l'œuvre de S. Freud, T. 1 : La jeunesse de Freud (1856-1900). Paris : PUF (2006).
- Houssier, F. (2013). Sigmund Freud/Eduard Silberstein : une amitié passionnelle et consanguine. *Adolescence*, 83, 31, 1, 219-226.
- Houssier, F., Vlachopoulou, X., Bonnichon, B., Capart, N. (2015). Freud consultant. *Revue Française de Psychanalyse*, 4, 1198-1210.
- Houssier, F. (2015 a). Freud adolescent. Dans R. Perron, S. Missonnier (dir.), *Les Cahiers de l'Herne*, 31-37.
- Houssier, F. (2015 b). L'adolescence de Freud dans « L'interprétation du rêve ». *Les lettres de la SPF (Société de Psychanalyse Freudienne)*, 33, 123-138.
- Houssier, F., Christaki, A. (2016 a). Folie pubertaire et sexualité diabolique dans les débuts de la psychanalyse. *Topique*, 134, 157-170.
- Houssier, F. (2016 b). Entre S. Freud et S. Ferenczi, un Œdipe pubertaire ? *Les lettres de la Société Psychanalytique Freudienne*, 35, 157-173.
- Houssier F. (2018), *Freud adolescent*, Paris, Campagne-Première.
- Houssier F. (2019), *Freud étudiant*, Paris, Campagne-Première.
- Marty, F., Houssier, F. (dir.) (2006). *Eduquer l'adolescent ? Pour une pédagogie psychanalytique*. Nîmes : Les Belles Lettres.
- Rocah, B. S. (2002). The language of flowers: Freud's adolescent language of love, lust and longing. *The psychoanalytic study of the child*, 57, 377-399.
- Roudinesco, E. (2014). *Freud en son temps et dans le nôtre*. Paris : Seuil.